

NADIE LANZA NUNCA UN LIBRO AL AGUA. Se lo echa al fuego, se lo aprisiona en una caja, se lo entierra de pie en una biblioteca. Pero nadie lanza jamás un libro al agua. Nadie. Nunca. Jamás.

Ella mira desde la orilla del lago. Mira y parece decir: *nadie lanza nunca un libro al agua*. Sólo que ella, la niña que juega en la orilla del lago con un cubo de plástico rojo, no ha pronunciado ni una palabra. Alarga su brazo, señala hacia el libro flotante, agita la mano y frunce las cejas como si le doliera, avisándome para que lo rescate. El libro sigue allí, flotando. No contaba con la niña en la orilla. Me quito los zapatos, subo las bastas de mi pantalón y entro en las aguas

como quien entra tanteando el borde engañoso de un sueño. Rescataré el libro. Precisamente yo, que lo he lanzado.

La niña ha levantado cuatro torres de arena. Torres imperfectas y torcidas. Al señalarme el libro flotante, una de las torres se acaba de derrumbar. Ella baja la mirada, coge el cubo rojo y lo rellena. Compacta la arena, vuelca el cubo, lo golpea por arriba, lo levanta: revela una áspera y compacta torre de arena gris. La niña, resignada al resultado de su trabajo, murmura insatisfecha. Sólo entonces retoma lo que tenía pendiente conmigo. Me mira, extrañándose de que yo, aunque haya entrado al lago, no haga mi parte del trabajo. Vuelve a señalar hacia el libro.

Nunca me he bañado en las aguas del lago Albano. Lo he visto siempre de lejos, desde lo alto de la carretera que viene de Roma, de paso entre Frascati, Ariccia, Castelgandolfo y el resto de pueblos adosados a la zona de los Castelli Romani. Siempre he desconfiado de sus aguas calmas. Medallón resplandeciente encajado en la boca de un pez oscuro, es un lago indolente. Roma lo castiga y le da la espalda a este ojo de agua volcánico. Pensar que este remanso fue una estridencia de fuego y lava. Pensamiento fantástico pero posible.

Esta vez no he venido de excursión. Si vengo aquí, al

Hotel del Lago, no es por el mismo motivo que los demás huéspedes. Me hospedo por simple necesidad y me siento extraño a la condición de turista o convaleciente. En dos semanas terminarán los arreglos de mi casa en Ariccia, a cinco minutos de aquí. En seis días estarán listas las habitaciones de mi dormitorio y estudio. Podría ir antes, pero no tengo prisa. Quiero volver a la casa de mi abuelo cuando esté terminada por completo. No me imagino resistiendo otra vez más el ambiente de desbarajuste y polvo. Ya tuve mucho con la época que pasé con los Residentes. Podría haberme hospedado en cualquiera de las casas de mis tíos o primos, o en el estudio de Filippo en Frascati, pero aparte de que no me gusta incomodar, tampoco me resulta agradable ir y venir de Roma. No soporto el tráfico de las horas punta. El estudio de Filippo es lo más cercano. Habría sido lo mejor, pero mi amigo tiene demasiado desorden y, sobre todo, lo visitan sus alumnos, y alguna alumna.

Hemos vuelto tarde después de tomar unas copas en el Jean Avril. Filippo se reiría de mí si supiera que, en vez de ir a dormir cuando me dejó en el hotel, me quedé dando vueltas por la orilla del lago. Se reiría viéndome tan temprano en la mañana con el agua hasta las rodillas, acercándome a recoger un libro que está a punto de hundirse.

—Nunca comprendí —dijo Filippo— que te quedaras tanto tiempo entre los Residentes. A veces, tus mensajes parecían los de una vida normal. No comentabas nada. Casi llegué a pensar que no había ocurrido, o que ocurrió en otro lugar. En un pueblo de China o en las orillas del Caspio.

No podía decirle que también mi lugar era remoto, medido desde Roma o desde cualquier rincón de su imaginación. Quizá por eso me quedé tanto tiempo. Quizá por eso me marché. Yo, el último, después de los hermanos Fabbre. Una buena manera de explicarle a Filippo las razones de mi permanencia entre los Residentes sería dar con la simetría que me tenía prisionero. No es difícil explicarla: dos hermanos, dos libros, dos continentes. También esos pares se multiplican en sucesivas simetrías, en pasillos revestidos de una perspectiva de espejos, tiempos en perspectiva, con niveles que se alternan y confunden.

Pero Filippo no entendería, por más que la suspicacia desbordara su mirada capturando entrelíneas y posibles razones que me retuvieron debido a este mismo libro que ahora me acerco a rescatar. Se reiría de mí, de mi tontería. Después de unos segundos me preguntaría de qué libro se trata. Yo no podría, ya no puedo decirle que era el libro *de* Caytran. No podría dárselo para que lo leyera. Aunque sabe un poco de

mi idioma, Filippo no entendería los fragmentos. No es una cuestión del idioma, faltaba más. Es el estilo de los fragmentos lo que lo hace huidizo para cualquier lector, y no sé si para mí mismo.

La niña, sólo con mirarme, con alargar el brazo, me ha hecho entrar al lago para rescatarlo. Siento el agua tibia del verano. Me pregunto si en el fondo, en el centro del lago, no habrá otros libros.

El lago, lo dije, es de origen volcánico. Durante siglos, con grandes pausas entre siglos, ha venido mucha gente a este lago, sobre todo los últimos doscientos años. ¿Y si hubiera en el fondo placas de piedra con inscripciones en latín? Es probable. Desde la salida de Roma, recorriendo la Via Appia, están dispersas como semillas de una memoria astillada.

Cuando descubrieron las barcazas hundidas en las que Calígula daba sus fiestas, los buzos rastrearon el fondo de un extremo a otro. A lo mejor alguien también lanzó un libro al agua lo suficientemente lejos como para no poder recuperarlo. Recuerdo todavía la vez en que Ignacio Fabbre contó que había lanzado en medio del lago Titicaca uno de sus libros. No

debió decirlo. Se le vinieron encima. La más agresiva fue mi hermana. Yo lo sabía y creía comprender las razones de mi amigo. Ignacio no explicó más, cambió de tema. Banalidad de las confesiones. Sus motivos eran diferentes a los míos.

Todavía están encendidas algunas luces del hotel. Son luces amarillas. Las mismas tibias luces que me recuerdan otro hotel, el verdadero protagonista de esta historia, el Hotel Albatros. Un hotel aquí y otro allá, y ambos unidos por las luces amarillas. No podemos escapar de la simetría. Sólo la podemos forzar. Y yo no quiero forzar nada. Ya no.

Desde lo alto del Hotel Albatros, en las lomas de Urdesa, la vista era insuperable, todavía corría brisa, los accesos eran fáciles y amplios, sobre todo para las barcazas que dejaban víveres y que se acoplaban a los muelles improvisados de las calles que emergían de las aguas como rampas. Las veredas estaban bordeadas de ceibos y acacias que no dejaban de florecer, obedeciendo a un ritmo que no se correspondía con el que nos marcaba la nueva geografía. Las calles de las lomas se retorcían como la frente de un recién nacido y todas convergían al espinazo de la Avenida Olmos. Cuando alguien se desorientaba, dos eran los puntos de referencia: la Iglesia del Hermano Gregorio y el Hotel Albatros.

Recuerdo salir al balcón del Albatros cuando empezaba a oscurecer. Yo estaba en una esquina desde la que podía ver el resto del hotel y los puntos de luz suspensivos que sostenían su figura durante la noche, tiéndolo de una tibia iluminación. Las ventanas protegían mi secreto de huésped con sus persianas de madera. Exquisito mecanismo el de la persiana: cien párpados cerrados que dejan ver sin que seamos vistos. (*Ver sin ser vistos*, las palabras del libro de Caytran me dan pautas de escritura, me quitan el peso de buscar fórmulas.) En ese balcón, haciendo lo que estaba prohibido para los Residentes —mirar las aguas que cubrían la ciudad—, me sentía completo, completo en la pérdida, si se puede decir de alguna manera esto que no puedo husmear sin ir y venir.

Veía también otras luces a lo lejos. Era la cubierta de un carguero que venía del Sur, bordeando la costa del Pacífico. Ellos también nos veían. Confirmaban la ruta del mapa y de los instrumentos de navegación cuando avistaban las formas truncas que sobresalían en la superficie y los redondeados islotes demasiado delineados como para ser verosímiles. Lo que veían era el gigantesco lago de pesadilla que cubre y domestica lo que alguna vez fue un puerto con grandes galpones de comercio, suburbios impenetrables y canales semicamuflados por la urbanización improvisada y caótica, la única posible. A

los pocos que la conocieron antes de la inundación, aunque no lo digan, no les basta ni convence el pronombre de los novatos que pasan por primera vez por Guayaquil. Porque algo no encaja, como si empezara a evaporarse el oleaje estancado de aguas poco profundas.

¿Eso?, preguntan pidiendo confirmación, *¿eso es?*

No saben ni tienen por qué darle otro nombre que *eso*. La tripulación comprueba su sistema de navegación y confirma: eso es o era. Ni siquiera los tiempos verbales se aclaran, ni tienen por qué aclararse. No es una cuestión de correspondencia. Siempre detrás el lenguaje, como un perro pusilánime que husmea.

Se habían acercado demasiado. Antiguos edificios sobresalían como estacas o hitos que recordaban el resto sumergido. Preferían pasar de largo, mirando al Norte o al Sur, no a su costado, a la realidad modificada que todavía no constaba actualizada en los mapas. Pero era tarde. Por más que miraban a otro sitio y modificaban el rumbo, ya habían escuchado la perturbación de la ciudad sumergida. ¿Qué podían saber los pilotos novatos de lo que apenas entreveían? ¿Qué suponían del grupo de los Residentes afincados en lo alto de los recientes islotes perfectos en los que se habían convertido sus colinas, cerros y lomas? Su ignorancia me parecía más interesante, más

predispuesta, que aquella que yo debía satisfacer cuando me preguntaban por lo que había ocurrido en Guayaquil. Prefería dedicarme a pensar la manera en que aclararía las preguntas de los pilotos. Sin embargo, es sencillo: los materiales de mi historia siguen sumergidos hasta el día de hoy. Así como una burbuja que sale a la superficie tras quedar retenida durante mucho tiempo basta para señalar el lugar donde se ahogó una persona, así también aparece o queda un fragmento que da pie a la historia íntegra, y de la que ha debido desprenderse para que no se la olvide por completo, aunque esté muerto, viciado o sea culpable. Allá abajo, en las aguas frías y oscuras, permanecer entero es permanecer en descomposición.

Ahora que estoy a un paso de la casa de veraneo del Papa, en Castelgandolfo, no puedo dejar de recordar la inscripción junto a la cripta del Hermano Gregorio. Su recuerdo me hace sonreír:

SE PROHÍBE TERMINANTEMENTE
ENCENDER VELAS EN NINGÚN LUGAR
DE ESTA CRIPTA

«Desde Roma —continuaba la inscripción— el Papa prohíbe encender velas al Dr. Gregorio. Esto interrumpe el proceso de beatificación.» Me divertía imaginar al Papa en su sillón romano, o en su despacho de Castelgandolfo, incómodo porque al otro lado del mundo, en una remota iglesia de un puerto de Ecuador, una viejita encendía, con agradecimiento o esperanza, despacio, una vela. Qué le importaba a ese Papa, o a este que ahora tengo tan cerca, esas burocráticas velas que complican el proceso de beatificación. Al otro Papa sí le importó cuando supo que Guayaquil desapareció en la inundación (o el hundimiento, como prefiero llamarlo) y pidió por todos. De poco sirvió, por supuesto.

La referencia que más destacaba en las lomas de Urdesa, el verdadero hito, el más antiguo, era el Hotel Albatros. Las casas, edificios y mansiones de las lomas, además de amplias y lujosas, eran una exposición de la mejor arquitectura de su época, todas marcadas por el estilo que impuso el hotel. El origen de la rápida urbanización de Urdesa se debió al Albatros y a sus fundadores, la familia Marsal. Este hotel encabezaba, a modo de proa, la parte más sobresaliente de

las lomas que apuntaban al sur. Desde allí se puede (se podía: insisto en que no me decido entre los tiempos verbales porque todo me parece tan remoto) recorrer de un vistazo, de norte a sur, la ciudad que se proyectaba paralela al río Guayas. Como es cierto que cualquier construcción, por mínima que sea y del tipo que sea, reinterpreta y modifica el terreno en el que se levanta, las lomas abandonadas y cubiertas de maleza en las que nadie se detuvo durante décadas, pasaron a ser lo más cotizado de la ciudad. Había ocurrido lo contrario que con los cerros más antiguos junto al río —Santa Ana y El Carmen— donde se fundó la ciudad. Cada arquitecto, a petición de sus clientes, reproducía en sus casas el efecto panorámico que se tenía desde el Albatros. Los Fabbre no fueron la excepción. Aunque ya tenían una casa a la orilla del estero, construyeron otra en lo alto de las lomas. Ignacio la llamaba la casona del Belvedere.

Me alargo. Siempre me alargo. Ni modo, es mi manera de acercarme. Ahora el libro está al alcance de mi mano. Lo tomo. Las páginas no ceden fácilmente, se despegan con la humedad pastosa de la gasa sobre una cicatriz supurante. En cada página un fragmento. Escojo uno de página par.

Descubrir lo que todavía nadie sabe y ni siquiera sospecha —escribe Caytran—, contener el aliento, como si la imagen de lo visto en secreto cayera en guillotina y cortara en dos, afilada lámina entre un antes y un después. Por el secreto convertirse en dueño y señor de lo visto. Momento de dioses. Momento de luz.

Podía haber escogido cualquier otro fragmento. Da igual. Siempre parece el comienzo necesario, el único posible, y aquí empiezan las malas interpretaciones. De esto apenas quedará una frase, o una imagen, así que el derroche igual pasará desapercibido. Lo que no se debe pasar por alto es que ésta no es mi historia.

Cuando alguien cuenta su propia historia —escribe Caytran—, ya es otro, y aquel que la cuenta sabe que el otro ha muerto, que quisiera recuperarlo o quisiera olvidarlo, o bien que quien la cuenta es el muerto, y el otro, el vivo pero perdido y pasado, está tratando de devolverlo a la vida a través de un conjuro. Entonces no importa quién habla, quién ha muerto, quién vive y quién escucha. Lo importante es que el conjuro sea pronunciado con las palabras correctas, y que la fuerza que se invoque esté bien conjurada. Con voz firme, abierta, segura de lo que va a desatar.

No tengo esa voz firme. No sé el conjuro, ni el ritual, ni la forma. Como en el cuento jasídico que me contó Filippo,

animado por la grapa después de un almuerzo apabullante en el Rigoni, su refugio gastronómico en Frascati. Me conmueve el entusiasmo por la cultura hebrea que vuelcan hacia mí por mis orígenes. Si supieran de mi escepticismo. Lo único que sí perciben es mi curiosidad dispuesta. Filippo me contó un famoso relato jasídico: el maestro Rabbi Yisra'él, cuando ya no supo a qué bosque iba su maestro Bàál-shem, ni dónde estaba el lugar sagrado al que se dirigía para solucionar sus problemas, ni cómo se hacía el fuego ni la oración que recitaba, sólo entonces, cuando se había perdido todo, el maestro Rabbi Yisra'él se quedaba sentado en una silla de oro y contaba la historia del lugar sagrado, del fuego y la oración perdidos. Así, contando la historia desde la silla de oro, encontraba la solución a sus problemas.

Yo ni siquiera tengo una silla. Mi voz es minúscula, casi invisible, tenue como línea de flotación, una voz que, aunque no conjura, da la medida y es el eje del mundo. Hay un mundo de arriba y un mundo de abajo. Un mundo desde el que se mira y otro mundo sumergido. Eso sería lo sencillo, el esquema fácil para dar la noticia. Lo cierto es que en el medio hay una escala de niveles sobre los cuales me iré deteniendo, subiendo y bajando alternativamente, como las mareas.

Sigo en la orilla del lago. Quizá entenderé por qué lo lancé y por qué, contra mi voluntad, solicitado por la niña del cubo rojo, rescaté lo que yo quería que se perdiera. Qué falta de convicción la mía. A mí sólo me quedan resonancias de algo que escuché o creí escuchar en otro sitio. Como se dice en uno de los fragmentos del libro, equívoco para el autor pero cierto para mí:

Ser una caja de resonancia —escribe Caytran—. *Nada quedará pero todo habrá sonado.*

Ante la imposibilidad de conjurar nada o sacarlo a flote, lo que me queda es dar cuenta de esta imposibilidad. Lancé el libro al agua porque quería negarlo. Salida inútil. Lo mejor será hacerlo a través de una voz interpuesta, la de los mismos fragmentos del librito de Caytran. Qué ingenuo era pensando que me desharía de palabras sin recurrir a ellas, lanzando el libro al agua. Aunque sea breve o escorado, algo podrá encontrarse a través de sus palabras y de las mías. Él utilizó las referencias de su ciudad como una metáfora, aunque eran reales, y le sirvieron para explicar lo que él consideraba su historia. Yo, en cambio, utilizaré su libro, será mi guía, aunque sea un libro que tergiversa lo que desapareció.

Su título —*Estuario*— es un error en sí, una corrección distorsionadora: en Guayaquil nadie llama estuarios a lo que siempre han llamado *esteros*. Pero precisamente ese sabotaje de lo real era lo que interesaba a Caytran, para desenmascarar a quienes esperaban correspondencias, datos de manual, tópicos como argollas y eslabones, simples crónicas.

—En otros tiempos —explicó alguna vez Ignatius Fabbre en una de las escasas conferencias que dictó—, cuando había una forma de lectura en voz alta y rimada, se llamaba *pie de verso* al primer verso que marcaba la pauta métrica y la rima. Era una especie de detonante.

Los fragmentos de Caytran, puras abstracciones sin rima, sin métrica, serán mis pies de verso. Quizás allí estará la clave: articular un ritmo del pensamiento a partir de las imágenes de *Estuario*, que yo simplemente comentaré. Una *improvisación*. Yo no podría hacer más que esto, siguiendo mi papel de intérprete, de músico tardío. He dejado tanto tiempo en la oscuridad a este librito que no debió publicarse y ahora pretendo mostrar a quien lea sus fragmentos el combate que enfrentó a los hermanos Fabbre y que se resolvió en las lomas de Urdesa, cuando la inundación. O el hundimiento, como prefiero decirlo.

Mis pantalones chorrean. El foco de un poste se apaga. Le muestro a la niña, desde lejos, el libro rescatado. No sonrío. Se concentra en su castillo de arena, en su cubo rojo. El que debe de ser su padre camina a lo lejos, estirando los músculos, sin perder de vista a la niña. También estuvo ayer, calmado y sereno, rondándola. Hay más gente. Dos mujeres están sentadas en una mesa. Yo que pensaba deshacerme del librito de Caytran sin testigos, sin contárselo a nadie, y resulta que los testigos se han multiplicado y que no hay marcha atrás. Las historias también se siguen multiplicando y hay que detenerse a ordenarlas, aunque siempre sea tarde para contar y siempre se cuenta tarde.

Podemos empezar.

I. El mundo sobre las aguas

1

Confórmate con espejismos —escribe Caytran—. No intentes sumergirte en ellos.

PRECISAS, PUNTUALES, LAS MAREAS SUBEN Y BAJAN. Lo hacen ahora mismo, suben y bajan como ayer o hace mil años. Suben y traen un mar hinchado de agua y peces, basura y cuerpos muertos. Bajan y arrastran otra basura y otros cuerpos. No hay en su ritmo otra magia que la tensión gravitacional de la luna. El movimiento, inagotable.

Hasta que un día imprevisto, como si se tratara de una jarra servida por un anfitrión ciego, la marea subió y siguió subiendo, subió sin anunciarse, subió sin escrúpulos ni compasión por lo que fue ahogando a su paso, a varios metros por encima del nivel del mar. Dos metros de agua acabaron con nuestra ciudad. Tres con la espera. Luego

perdimos la cuenta cuando la subida nos empujó a los refugios en lo alto de las lomas, colinas y estribaciones. Y cuando dejó a todos con el agua al cuello, cuando ya nadie se preguntaba por qué ni cuándo se detendría, la marea se detuvo. Lo que no esperábamos era que se detuviera por completo, es decir, que no bajara. Y no bajó. O eso fue lo que creímos, cuando nos dimos cuenta de que la marea volvía a sus ciclos fuera de peligro, estaba ahí de nuevo, precisa y puntual, oscilando con el ritmo de antes, varios metros por encima de lo habitual.

Ya nada sería habitual desde entonces. La ciudad estaba sumergida.

Los sobrevivientes de las lomas, los que pidieron quedarse allí hasta esperar el reflujo, acostumbraban deambular, sorprendidos y sin saber cómo ni por qué había cambiado un paisaje que daban sentado como inamovible. No se habían marchado a otro sitio y era como si se hubieran ido muy lejos, teniendo delante de sus ojos lo que habían abandonado. Las primeras mentes lúcidas se dieron cuenta de que debían establecer un nuevo orden. Había que tomar decisiones.

La principal fue la conformación de un Consejo de Emergencia. La segunda, no menos importante pero menos previsible, fue la de no mirar la ciudad sumergida, ni el horizonte del mar. Íbamos con la mirada baja. Las demás decisiones fueron cayendo una tras otra y nadie dudó en obedecerlas. En la primera sesión apareció la palabra que nos describiría. «Los Residentes deciden acatar las resoluciones del Consejo de Emergencia.» Los Residentes. Así empezaba nuestra nueva geografía, con una nueva palabra.

El Consejo de Emergencia se reunía a diario en el salón amarillo del Albatros. Se discutía sobre el abastecimiento de luz, de agua, de cloro, de alimentos. Se montaron tiendas de campaña, oficinas improvisadas en las habitaciones del hotel. A su manera, muy limitada, los problemas se fueron solucionando: traían agua potable desde Balzapamba en grandes tanques cargados por lanchones. Y comida desde otras ciudades. Nuestra capacidad de adaptación tenía las características de un juego no declarado, el juego de siempre. Como la situación continuaba igual, la palabra «Emergencia» dejó de tener sentido en las reuniones y pasó a denominarse simplemente el Consejo. Tampoco quería saber más de los mecanismos de su establecimiento, de sus gestores, listo el escenario para que se repitiera a pequeña

escala la corrupción que debíamos soportar con la ciudad íntegra, que nunca fue *íntegra*. Pero éste es otro asunto que trataré después.

Yo estaba encargado de una pequeña comisión de seguridad (¡a mí la seguridad!) y durante los últimos meses colaboré en el programa de radio que se empezó a emitir desde la torre Nouhra. El empresario radial que la financiaba se había empeñado en llamarla *Radio Atlántida*, dispuesto a no perder por sutilezas el público directo que buscaba. Yo habría preferido Onda Azul o Radio Panorama, pero no estaba para elegir nombres sino para poner fondo musical a los programas informativos que el gobierno central empezó a financiar para la reconstrucción. Una vez que las sesiones de trabajo terminaban, nos reuníamos alrededor de fogatas en los miradores del lado oeste de las lomas. Muchos de los Residentes no participaban ni en el Consejo, ni en las comisiones gestoras, como Ignacio, pero rondaban de vez en cuando por las fogatas, como buscando conciliar su apatía con nuestro esfuerzo.

Las fogatas se instalaron de aquel lado para evitar la contemplación directa del centro de la ciudad y de los edificios que sobresalían del agua. El viento de las estribaciones de Chongón nos daba en la cara y arrastraba el humo hacia lo

más alto de la cima. Alrededor de las fogatas, los rostros se iluminaban como si los viéramos, a la luz de una trasgresión, por primera vez. A diferencia de las barriadas pobres de las colinas y cerros próximos, donde la gente se volcaba a la calle con desenfado y bullicio, sentada en sillas o en la vereda a la puerta de sus casas, en las lomas de Urdesa la vida trascurría en el interior, replegada a la comodidad de los salones, piscinas, jardines y terrazas. Tan sólo guardianes y empleadas caminaban por sus calles y, de tarde en tarde, los únicos habitantes que salían a dar rondas desorientadas eran grupos de niños que se trasladaban buscando nuevos juegos. Era el orden tácito respetado por los vecinos, cuya vida cotidiana se desenvolvía abajo, en la ciudad, un orden que después también se fisuró. Así que poco a poco, las vías de las lomas, los parques y miradores siempre desolados, se repoblaron de vecinos, compelidos a salir de un encierro involuntario: hombres con las manos en los bolsillos y mujeres con los brazos cruzados, envueltas en finísimos chales, caminando sin prisa, como si en cada paso buscasen una ruta en territorio extranjero. Era inevitable que los grupos coincidieran. Sólo los ancianos y los vecinos más antiguos seguían la costumbre de reunirse en la cafetería del Albatros, como una gran casa abierta que se resiste a cerrar. Que Marsal, el

dueño del hotel, hubiera sido años atrás gobernador de la ciudad, coincidió para explicar su nombramiento como Jefe del Consejo y para que se convocara en el Salón Amarillo la reunión de los Residentes. Sin embargo, eran pocos los vecinos que venían al Albatros. Nunca se supo con exactitud cuántos éramos, cuántos se habían ido, cuántos quedaban: los muros de las casas de las lomas de Urdesa seguían siendo infranqueables por más que algunos de sus habitantes salieran a la calle.

Me desvíó de la línea recta de los acontecimientos. Pero es que el desvío está en mi naturaleza. También doy un salto para regresar sobre mis pasos, o abandono a un protagonista por otro.

Aunque los Residentes cumplían con las disposiciones del Consejo, muchos se mantenían al margen. En grupos aislados, de dos o tres personas, mientras fumaban y hacían planes, se reunían alrededor de las fogatas. Eso fue al principio. Cuando se quedaban sin combustible, iban discretamente a la fogata más próxima. Repetían una costumbre atávica. Aceptaban con un asombro contenido que ahora estaban a la orilla del mar. La costumbre que tenían reservada para los balnearios, también la realizaban aquí, junto a sus casas, en la zona residencial, al punto que resultaba

natural y nadie la cuestionaba, ni siquiera el ala más radical del Consejo que exigía mantener el orden y la limpieza, hasta que la escasez de madera y la demora en secar de los restos que llegaban a las orillas dejaron en pie sólo dos fogatas en nuestra loma. A una de ellas conseguí llevar a Ignacio. La otra, la de los creyentes, resplandecía con más intensidad a un costado de la Iglesia del Hermano Gregorio. En las horas despejadas, cuando la noche estaba cerrada, sin estrellas, esa fogata hacía bailar entre luces y sombras la monumental cruz en relieve de la pared del templo que tanto enorgullecía al padre Goicochea. Todo parecía revelarse y aflojar su secreto con el resplandor. Pero más allá, en la loma próxima, reflejándose en la pared de otro templo, coronado éste con un ángel rubio que tocaba una trompeta dorada en su punto más alto, otra fogata competía con la de Goicochea. Era la tercera, y la más luminosa, tan grande y resplandeciente en la pared, sin nadie que rondara a su alrededor. El templo de la Iglesia de los Santos de los Últimos Días era un edificio de paredes y techos lisos, imponente, casi sin ventanas, a modo de fuerte, con un campanario sin gracia y sin campana visible. Terminaba en una especie de torre gótica, desnuda y estilizada, en cuya punta estaba aquel portador de la trompeta, erguido sobre un pie para acentuar su tensión

extrema por el alargamiento en aguja. Pocos kilómetros más allá, en las colinas de las barriadas, como reflejo o doble de lo que ocurría en la Iglesia del Hermano Gregorio, otras fogatas de las que no puedo dar cuenta —¿Mapasingue, Los Ceibos?— se levantaban fuegos tribales que yo no entendía y que mantenían en vilo a los Residentes. ¿Había algo que no los mantuviera nerviosos, culpables ante el resto de la ciudad que habían usufructuado y de la que antes se refugiaban, incluso sin inundación, en las lomas?

No sé a qué creencia apelaba nuestra pequeña fogata, pero convocaba, y supe de su atractivo cuando Ignacio venció su resistencia y, finalmente, haciendo caso de mi sugerencia, una noche se integró en el círculo que rodeaba al fuego.

Ignacio me hablaba junto a la fogata, intrigado por el anonimato pactado entre los presentes, como si la ansiedad por saber el nombre del otro hubiera desaparecido, se evitara, consciente de que resonarían ecos que nadie quería retomar. Sin embargo, los gestos y las conversaciones se volvían enfáticos, como si no estuvieran convencidos de ocultarse y pidieran ser reconocidos. Cada uno de ellos llevaba una parte que se había hundido de Guayaquil, y la empuñaba,

la sostenía como si hubiera atrapado al vuelo un libro que estuviera a punto de caer al agua. No puedo escapar de esta imagen de libro sobre el agua, profundamente clavada en mi memoria, oscuramente fija. Ignacio tampoco.

—Son como los *hombres-libro* de Bradbury —me dijo—. Resisten la cruzada contra la quema de libros. Han memorizado tiempos y lugares como si fueran páginas.

Los bautizó con nombres de autores y títulos. A mí me divertía la manía libresca que Ignacio aplicaba en la mayoría de órdenes de su vida, porque lo hacía sin pretensiones, irónicamente y para jugar; jamás argumentaba sus asociaciones sino que simplemente las vertía para ver qué reacciones imprevistas provocaba, o que silencio quedaba flotando en el ambiente. En secreto, yo también les ponía nombres, pero de músicos, imaginando qué pensaría Ignacio de mi asociación entre los rostros y el fondo musical: uno era Messian, el otro Albéniz, el otro Cage, el de más allá Nono, ese tenía gestos de Gould, y en alguna mujer de la que me intrigaba su rostro creía escuchar los acordes de Miseld. Lo que él nunca supo fue que durante las noches que no iba a las fogatas, a pesar de que nunca quiso hablar de libros ni de literatura en las conversaciones con los que allí asistían, se referían a él como el Poeta. ¿Era posible hablar sobre él

de alguna otra manera? No, porque estaba integrado. A su manera, pero integrado. Pudo haberse marchado y habría vuelto sin problemas. No lo hizo. Jamás diría lo que consta en *Estuario*:

¿Volver? —escribe Caytran—. *Si nunca estuve, si no pertenecí. No era mi origen sino un sitio de paso. Volver sería pedir hospitalidad en el infierno.*

—Vamos a ver qué cuenta hoy Gordon Pym —decía Ignacio.

Se refería al doctor Rivera, quien se había convertido en el moderador de las conversaciones en las fogatas. Era de los que no asistían al Consejo de los Residentes. Alardeaba de su ausencia. Decía que había desarrollado una nueva técnica de curación que no debía difundirse. Sin embargo, sus pacientes se la contaban a medio mundo. Gordon Pym, además de un asistente personal, tenía lo que él llamaba sus «practicantes», gente pobre y casi analfabeta sin la que era imposible realizar el tratamiento. Estos practicantes debían recostarse desnudos a lo largo de la camilla del consultorio; únicamente cubrían su sexo. Luego indicaba a sus pacientes que se extendieran, también desnudos y boca arriba, encima

de los practicantes. Si su paciente era una mujer la practicante también debía serlo, y lo mismo ocurría con hombres y con niños o ancianos. Debía darse un correlato perfecto de sexo y edad entre ambos. Una vez que el paciente se colocaba boca arriba sobre el practicante, éste debía abrazarlo con cierta presión y mantenerse así durante una hora, sin hablar, cubiertos por una manta que Gordon Pym extendía sobre ambos. Muchos pacientes rechazaban el tratamiento cuando tenían que vérselas con ese montaje, pero cuando los casos eran desesperados, los pacientes se resignaban al procedimiento y accedían a montarse por encima de los practicantes que nada entendían de lo que estaba pasando y que sólo pensaban en ganar el dinero que les pagaría el doctor. El practicante sólo servía una vez. Nunca más volvía por el consultorio. Circulaban rumores de que los practicantes no volvían a aparecer porque morían de la enfermedad que debió consumir al enfermo originario. Gordon Pym fue el único médico, salvo un dentista —el doctor Saldas— que permaneció en las lomas de Urdesa. Como su consultorio privado se puso a disposición de los Residentes, logró un margen de acción relativamente amplio y la potestad de poner reparos a las decisiones del Consejo. Era una voz para tomar en cuenta. Cuando Ignacio empezó a frecuentar las

fogatas, el rumor dominante era que el Consejo estaba interesado en que se realizaran inmersiones específicas. Gordon Pym no se mantenía al margen con sus opiniones.

—¿Qué quieren salvar? —dijo—. Lo perdido, perdido está. Tenemos que seguir para adelante. Y si aun así pudieran salvar lo que quieren salvar, ¿dónde lo pondrían? ¿Van a construir aquí un monumento? ¿O en las barriadas? ¿Van a hacer un museo a la deriva?

A mí no me parecía tan mala la idea de un museo a la deriva. A Caytran le habría fascinando todo lo contrario.

Qué placer imaginar el hundimiento —escribe Caytran—. Ver hundirse los principales museos del mundo, museos que tantos padres hacen recorrer a tantos hijos, a la fuerza, sin mirar, por cumplir el itinerario, sin detenerse en la pieza secundaria (un cuadro menor, un ala rota, el acanto de la columna aislada) que atrae al pequeño forzado. Hundido el Museo Británico, hundido el Louvre, hundido el Vaticano, hundido el Hermitage, hundidos los museos de Historia Natural y los Kunsthalle de Fráncfort, Zúrich, Berna, Viena, Berlín, Colonia. Hundidos los museos de oro de América Latina y los proliferantes museos de Oriente. Hundidos todos. Cada visita una inmersión para que salga a flote el cuadro menor, el ala rota, el acanto de la columna aislada.

Junto a Gordon Pym estaban los Silverbaum, transfigurados por Ignacio en el señor y la señora Barnabooth. Nunca entendí la vinculación con el personaje de Larbaud porque nunca leí el libro de Larbaud (Filippo lo tiene, lo vi en su estudio, he de pedirselo la próxima vez que vaya a Frascati). El señor Barnabooth era dueño de la empresa de seguros más grande del país y de un banco. La sede no estaba en la capital sino en Guayaquil. Por más que sus clientes extranjeros y las circunstancias políticas del país exigían que la empresa de seguros y el banco tuvieran su sede principal en Quito, aun a pesar de sí mismo y de los gastos que implicaba que no fuera así, el señor Barnabooth mantuvo sus negocios en su ciudad. No sólo perdía dinero sino que muchas veces perdía oportunidades. La pasión que tenía por su ciudad —aunque él sólo era la tercera generación de inmigrantes canadienses a comienzos del siglo anterior— justificaba los esfuerzos. Puesto que el señor Barnabooth vivía en una gran casa al sureste de las lomas, por cierto no muy ostentosa para las riquezas que tenía, también había decidido quedarse junto con su mujer. También se quedó la hija de ambos: Nena Barnabooth no iba a las fogatas de sus padres, sino que se las ingenió para que hicieran otra de jóvenes, unos veinte metros lejos de la fogata principal. De

esa fogata menor hablaré después. Lo importante es que Barnabooth tenía un amor desmedido por su ciudad y era de los que estaban dispuestos a hacer lo imposible para que la situación volviera a ser la de siempre. Cualquier esfuerzo era poco para él. Como sus fondos y riquezas estaban debidamente distribuidos por el resto del país y el extranjero, las pérdidas, aunque eran desastrosas, no comprometían su patrimonio, de manera que tenía recursos y ánimo para salir adelante.

—No hay que ser tan pesimista —dijo Barnabooth—. Levantaremos ese museo a la deriva.

Gordon Pym meneaba la cabeza como si la insensatez del señor Barnabooth fuera mucho más demencial de lo que originalmente había rechazado. Pero no era insensatez, como sabría luego. Los intereses de Barnabooth estaban bajo el agua, como una plusvalía que convenía vigilar.

—Un gasto innecesario —dijo Gordon Pym, con el tono de sensatez del médico dirigiéndose a un paciente.

—No sólo eso...

La pata de una silla caía en medio del fuego. Alguien entraba en la conversación. Volteamos a mirar. Echando pequeños trocitos de madera, concentrado en alimentar las flamas que bailaban en sus ojos y que parecían transformarse

en figuras que sólo él descifraba, Pascal Gougières hablaba sin dirigirse a nadie.

—No es seguro —dijo— que las aguas no se vayan a retirar.

Pascal Gougières fue un caso especial para la manía bautizadora de Ignacio. Tardó semanas en ponerle nombre, mientras que a los demás se los ponía en unos segundos. Es que el propio nombre de este residente era el de un personaje. Pero Ignacio no descansó hasta dar con su nombre. Es *el cazador*, terminó diciendo, *el cazador Gracchus*.

Gougières levantó la mirada de su esquina de la fogata y nos miró a Ignacio y a mí como si supiera que estábamos hablando de él. ¿Por qué Gracchus?, le pregunté a Ignacio, ya que esta vez conocía la referencia del cuento y no encontraba ninguna relación evidente, y de lo que se trataba era de evidencias. «Tiene las mismas letras al comienzo y al final de sus nombres, G y S, y eso ya es un principio para establecer una correspondencia», dijo. El argumento no me convencía. Quien para él era el cazador Gracchus, para mí no era nadie más que Pascal Gougières. «¿Quién ha dicho que tu Gracchus es mi Gracchus?», replicó Ignacio.

—¿Quiere que no hagamos nada? —dijo Barnabooth—. Muy cómodo.

—Ninguna comodidad —dijo Gracchus—. Gastemos energías, quememos músculos y trabajemos de manera insensata si creemos que eso ayuda. Pero no es honesto.

Pocos hablaban alrededor de las fogatas. Incluso había quienes no se ponían en primera línea, guardando una distancia prudente en los alrededores. Matilda Arosemena, una mujer de pelo corto y pajizo, que solía permanecer callada y a relativa distancia de la señora Barnabooth, recibió de Ignacio el sobrenombre de Iris Murdoch. Miraba con curiosidad a la señora Barnabooth, aprovechando los momentos en que parecía que el resto no se daba cuenta. Junto a ella, otro silencioso era el astrónomo Eloy Ortigas, un viejo inflexible que, sin ningún tipo de facilidades ni equipos, sin ningún vínculo con las universidades de la ciudad, se había convertido en el astrónomo más reputado del país. Lo que daba cuenta de lo poco reputada que era la astronomía. Podía haberse marchado de la ciudad, pero la torre de la casa en la que vivía se había convertido en su observatorio personal. La llamábamos la Torre de Ortigas. Semanas después, en una de mis rondas de vigilancia encomendadas por el Consejo, pude tratar a Ortigas y fue entonces cuando entré a su casa y vi las escaleras que llevaban a la torre. Habría de pasar un tiempo para que yo descubriera, llevado por

Ignacio, que en la torre había algo más que un telescopio, y que precisamente mi amigo sería uno de sus usuarios. Se decía que Ortigas había advertido lo que iba a ocurrir, pero cuando le preguntaban por qué él no se había ido si hubo tanto peligro, respondía con un tono que hacía imposible tomar en serio lo que dijera: «¡Y a usted qué le importa! *Ése es otro asunto*». Ortigas fue bautizado por Ignacio como Nemo. Discrepé de nuevo: no se parecía en nada al capitán del Nautilus. El sobrenombre no tuvo fortuna y casi nunca lo volvió a repetir.

De quienes no puedo prescindir, y que fueron la única excepción a la manía de Ignacio, es de los padres de Pepe Estrada. Poseían plantaciones de tabaco y una fábrica de cigarrillos. Más que una pareja parecían hermanos, como si con los años hubieran adquirido el mismo rictus: la frente amplia y bronceada con esa dovela en el ceño que parecía sostener el arco de sus cejas. Había escuchado que los llamaban *Los Tristes*, aunque la expresión no prosperó. Era tan evidente que ni siquiera parecía necesario decirlo. Habían perdido la mayoría de sus plantaciones, aunque les quedaban las que tenían en Santo Domingo y otras zonas del altiplano. Pero su *tristesse* no era sólo por la pérdida económica, sino que venía de antes, de mucho antes. La exhibían callados como

la mayoría de los Residentes que rodeaban la fogata y que conocían de la historia de su hijo. *Fija estrella del norte / en la tiniebla de nuestra conciencia*, escribió Ignatius Fabbre en *Vita Atlantis*.

El resto de los que asistían a las fogatas estaba conformado por grupos de dos o tres personas que ocasionalmente se acercaban y que, para simplificar sus nombres desconocidos que no alcanzábamos a memorizar, se resumían en el nombre del edificio del que provenían. De manera que unos se llamaban los de Altavista, otros Alfil Azul, los de más allá Markus, Lomalinda, Olimpia, Voguera, Mentse y tantos más nombres que seguramente el Consejo de Residentes ya había censado por orden de Marsal. Recomponía cada uno de ellos una faceta de la ciudad: las fiestas, la gastronomía, la gran regata hacia las islas Galápagos. ¿Cuántos éramos? A veces me parecía que no había nadie por las calles de las lomas. Falquez, el encargado de las rondas por el norte de las lomas de Urdesa, la zona más peligrosa por lindar con el resto de las estribaciones, tenía el nombre de San Juan de la Cruz. Quizá porque la iglesia del Hermano Gregorio estaba en la zona de Falquez. Nunca supe las razones de Ignacio para ese nombre. Falquez, sin embargo, con ese mal gusto de la realidad por acoplarse a las casualidades, era devoto.

La manía libresca de Ignacio Fabbre se desahogaba en esos seres que no sospechaban el uso que se hacía de ellos. Le pregunté a Ignacio más de una vez por qué insistía en cambiarles el nombre. Sonreía. Quizá cansado de no darme más respuesta que ésa, un día me dio a leer un fragmento de Char. Yo no conocía la poesía de Char. Tampoco me gusta ahora. Es el primer fragmento de *Partición formal*: «Consiste la imaginación —escribe René Char— en expulsar de la realidad a varias personas incompletas para obtener, echando mano de los poderes mágicos y subversivos del deseo, su retorno en forma de una presencia enteramente satisfactoria».

—Me parece bien —dije—. Pero creo que tu autor se refiere a otra cosa. Lo único que logras es reemplazar un nombre por otro. Los cuerpos siguen siendo los mismos.

—¿Cuál es la diferencia? —preguntó.

Pensó que yo me detendría allí, pero esta vez sí quería que Ignacio dejara algo en claro.

—Un cuerpo —dije—. No te puedes deshacer de un cuerpo.

Con una voz de asesino que no volví a escucharle nunca más, dijo que sí podía. Y sí que pudo, pero no como yo esperaba.

Cada cuerpo se convierte en fantasma —escribe Caytran—. Una vez que aquel desaparece, lo que queda ardiendo es el nombre. Pero pronuncia el nombre de quien odias o amas, y te darás cuenta de que tira de ti. Tu nombre, que no podrá ser pronunciado por el otro, se vuelve fantasma.

Además de Gordon Pym, Barnabooth, Gracchus y los ocasionales «ése es otro asunto» de Nemo, yo también me quedaba entre ellos. ¿Cómo me llamaba a mí Ignacio? Le costó decírmelo: me llamaba *Tártaro*. Yo sí que conocía la obra de Buzzati, él sabía que era uno de mis autores favoritos, pero yo no tenía nada que ver con Buzzati ni con los tártaros. Tendría que haberme llamado Drogo, como el personaje de la novela.

—No es por el personaje —dijo—. Es por el libro. Tú llevas *El desierto de los tártaros* en la cabeza. Eres *El Tártaro*.

También llevaba en la cabeza otros libros, y otras músicas, pero ya sabemos que nos atribuyen los libros que otros conocen y no aquellos en los que secretamente nos reconocemos. Cuando yo debía pensar los libros que llevaba en la cabeza Ignatius Fabbre, era imposible detenerme en uno sólo: él leía por grandes oleajes, verdaderos maremotos de lectura. No sólo leía libros, leía y se zambullía en corrientes de percep-

ción, en grandes mapas de pensamiento, donde cada libro era una coordenada, cada autor un cuadro de cruce de coordenadas. Ya hablaré de esto. Mi amigo era literatura, una biblioteca digerida. Quizá no se marchó nunca de Guayaquil porque esa biblioteca le pesaba demasiado. Terminaría siendo la mayor y más definitiva de sus anclas.

En las fogatas, yo me encargaba de traer lo poco que podía conseguir para sostener el fuego. Mis rondas, como mencioné, me llevaban a recorrer algunos lugares de las lomas por los que no estaba acostumbrado a pasar. Según en qué calles, había algún edificio cuya construcción se había interrumpido, lo que dejaba disperso en sus rampas y alrededores, algunos travesaños y maderámenes que dosificábamos para las fogatas. Cuando este recurso se acabó, no hubo mayor problema en que entráramos en alguna casa con jardín abandonada mucho antes de la inundación, y dispusiéramos de los árboles resecos o de lo que estaba en garajes y cuartos de servicio. Era como si estuviéramos en una despreocupada vida de balneario venido a menos, sólo que con un paisaje apocalíptico y con la grave posibilidad de que esas vacaciones durasen años.

—Eres como un adolescente inagotable —me repetía mi hermana en sus mensajes breves de atareada, entre una coreografía y las clases que primero recibía y que luego dictó, y

que me enviaba desde medio mundo. Yo claro que me sentía como un «adolescente inagotable», hasta que desarrollé un sentimiento de culpa y fue tarde para rectificar.

Ignacio no aprovechaba las circunstancias para relacionarse con los demás. Fijado en la fogata principal, no quería saber nada de gente más joven que él. Yo, en cambio, no me lo pensaba mucho y me esforzaba por ser aceptado, porque de haberlo pensado habría llegado a la única conclusión posible: en ninguna de las dos fogatas cumplíamos los requisitos: todavía muy jóvenes para estar integrados entre los adultos, y, sin embargo, con más años de los adecuados para compartir esa fogata joven que rondaba un máximo de veinte años. Tampoco era un privilegio estar en la fogata de los jóvenes, ni yo era aceptado por completo. Casi todos se quedaban callados, salvo dos o tres que se susurraban al oído sin hacer caso del resto. Miraban en silencio la evolución del fuego como si se consumieran en él. De cuando en cuando, uno desaparecía y no volvía más a las fogatas, y sólo después de un par de semanas se comentaba que había decidido abandonar a los Residentes. Nadie se despedía. Los padres seguramente todavía asistían a la fogata principal, pero el hijo o la hija se había marchado. La Nena Barnabooth, a pesar de que conocía esta circunstancia, no hizo ningún esfuerzo por mar-

charse. Se veía que estaba a gusto. Era la confirmación del espíritu fiel de la familia Barnabooth hacia la ciudad. Pero ella no era precisamente mi estímulo para frecuentar la otra fogata. No lo fue, salvo con una excepción. Muchas chicas se aproximaban al fuego y estaban como en actitud de espera. Ya dije que se hablaba poco, pero nos hacíamos mucha compañía. Uno se sentaba al lado de la persona que le interesaba y se quedaba allí lo que duraba el fuego de la noche. Fue así como conocí a las hermanas Nader.

Largo y lento fue el camino hacia ellas, hacia una de ellas. O así me lo pareció. El tiempo entre los Residentes no lo medíamos con los parámetros habituales. Los días eran largos y los años cortos. Me habría venido bien que Ignacio me acompañara, porque ambas hermanas, Omayya y Zuly, siempre andaban juntas, y eso me ponía en una situación de compromiso en la que era imposible avanzar en nada con ninguna de las dos. Me atrajo Zuly desde el principio, aunque Omayya, la mayor, tenía una mirada más cómplice y una actitud en los gestos y en los movimientos de las manos que no sólo eran más expresivas que las de su hermana menor, sino de una suavidad medida, más conciente de los logros que podía alcanzar. ¿Cómo podía, entonces, explorar el terreno de esa insinuación si no había manera de distraer

a una de la otra? En la fogata me sentaba entre ellas y casi no hablaba. Apático, me decía Omayya cuando me daba pereza seguirlas en sus ocurrencias. Zuly no decía nada, no pedía nada. En otros momentos y lugares sí se podía hablar con ellas. El hechizo mudo de la fogata desaparecía cuando nos encontrábamos en otro momento del día. Incluso, si caminábamos por las aceras opuestas de Olmos, nos llamábamos agitando las manos, como si nos hubiéramos reencontrado sin tiempo de prever una cita. Eso no ocurría en la fogata menor, donde dominaba ese seco silencio entre gente demasiado joven para tanta gravedad.

Es lo que puedo decir de ambas fogatas, de acuerdo con el conocimiento que tenía de la situación. Conocía tan poco, y me conocía muy poco a mí mismo. No me observaba a mí mismo. Eran los hermanos Fabbre, las hermanas Nader, los que tenían tomada mi capacidad de observación, y mi hermana Valeria, que me seguía enviando mensajes y llamadas desde Europa para que me marchara, para que no siguiera perdiendo el tiempo.

Cuando el tema del posible rescate de Guayaquil se fue asimilando en la fogata, me pareció adecuado participar acti-

vamente. Eran las circunstancias ideales para que pudieran integrar a Ignacio en las gestiones de la Comisión. Quería que él formara parte de alguna manera. Así que preparé el terreno, tanto para los Residentes activos como para el mismo Ignacio, que si se sentía mínimamente reconocido no opondría resistencia en conversar con los demás. Supieron que Ignacio había buceado durante mucho tiempo y que había sacado algunos restos de naufragios en Galápagos, en las orillas de New Orleans, en Empúries y los tortuosos acantilados de Orsenna. ¿El poeta?, se sorprendió Marsal en una reunión del Consejo.

—Dígale que venga.

En las fogatas, Gordon Pym gruñó como si la palabra poeta le produjera escozor mientras Gracchus abría los ojos.

—¿Pero no sufría de hemofilia? —preguntó Gordon Pym.

En efecto, Ignatius Fabbre era hemofílico. Quien conozca sus primeros libros encontrará y entenderá las alusiones de fragilidad y sangre que le inquietaban, sobre todo frente a la vitalidad impaciente de su hermano. *Cuerpos reales, cuerpos de mujeres, / alegres bajo el sol abrían con sus senos / rutas de navegación en los estanques. / De noche tu nadas en su estela* (del poema «Estanques»). Podía haber estado condenado a

la inmovilidad, a riesgo de desangrarse hasta la muerte por un corte o rasguño, incluso por una picadura. Si empezaba a sangrar por una herida, por más pequeña que fuera, no coagulaba. En una piscina los riesgos de cortes o rasguños no eran menores, pero al menos se sentía más protegido al estar aislado. Adquirió la costumbre de nadar de noche en las piscinas. Una de esas noches rozó la canastilla para recoger las hojas de la piscina. Nadó durante media hora hasta que se sintió mareado. Al día siguiente la piscina tenía un color de vino diluido. Hubo que vaciarla. Pasó tres días en la clínica. Lo enviaron a Boston para un nuevo tratamiento.

El traje de neopreno de los buzos se convirtió en una segunda piel, una piel de cinco milímetros de espesor. Se sumergía durante horas, no siempre a mucha profundidad, y cuando volvía a la superficie, donde yo lo esperaba en el bote, su expresión era una mezcla de plenitud y pérdida mientras tomaba notas en su libro de inmersiones. Luego se encerraba a escribir durante horas, y salía de su clausura con decenas de páginas que nos leía como dando fe de lo que había visto allá abajo. La afición le duró dos años con intensidad. Cuando publicó *Las superficies*, las inmersiones eran muy ocasionales. Tengo conmigo un ejemplar dedicado. Los poemas han perdido mucho de la impresión que causó

en su época. Era un libro menor, y ahora se comprende viendo el conjunto de su obra. En realidad, me sorprendió la afinidad con su libro en el epígrafe que había escogido de Whitman: *«Hay pasiones allá abajo, guerras, persecuciones, banderías; ver en aquellas profundidades oceánicas y respirar esa atmósfera espesa, como ven y respiran tantos seres, / salir y subir a lo que vemos aquí, al aire sutil que respiramos en esta esfera, / y salir aun de la nuestra y ascender a la de los seres que habitan otros mundos»*. (A mí nunca me gustó Whitman: demasiada pretensión de espacio, demasiado entusiasmo y grandeza forzada. Y aun así, ahora que releo el epígrafe me siento como si en estos tres niveles que señala Whitman, el último, el de los otros mundos, me correspondiera a mí. ¿Dónde estoy? ¿Desde dónde hablo? Estoy tan lejos.)

Cuando finalmente Ignacio se animó a conversar sobre el buceo, su experiencia y las inmersiones que había hecho antes le fueron tomando confianza. También él. Con más de dos personas prefería hablar de cualquier otra cosa que no tuviera que ver con sus libros.

—Ahora tiene mucho sitio a mano para sumergirse —dijo Gordon Pym.

Ignacio explicó que no era cierto, que las aguas estaban todavía demasiado turbias como para hacer inmersiones de

cierta profundidad. Hasta que se normalizaran las corrientes y se asentaran los sedimentos podrían pasar años sin un claro donde sumergirse.

—Lo sospechaba —dijo Rivera, y levantó la mano como si sostuviera una manzana invisible, inspirada—. Un infierno de sedimentos, ¿no?

Ignacio echó una rama seca al fuego.

—Un purgatorio —dijo.

Hasta que el Consejo de Residentes tomó una decisión respecto a las inmersiones trascurrieron varias semanas. Se discutieron pros y contras con una reticencia que disimulaba mal la curiosidad morbosa por saber cómo estaban los restos de la ciudad bajo las aguas. No quise participar en la discusión. Sólo advertí de la ayuda que podría dar Ignacio. Confía en que las conversaciones en las fogatas, y alguna tarea que cumplir para el Consejo, sacarían a Ignacio de su encierro.

Cuando le conté que Marsal lo había citado, la reacción de Ignacio fue la que preveía.

—¿Qué quiere Ahab? —preguntó, decantado el nombre literario de Marsal desde hacía mucho tiempo, quizá desde el día que le conté que el dueño del Albatros también era el Jefe del Consejo de Residentes.

Como si fuera la columna vertebral de un gigante inclinado para tocarse la punta de los pies, la avenida Olmos recorre de un extremo a otro la cima de las lomas de Urdesa. En uno de los extremos de la avenida está el Callejón del Belvedere, por el que se puede bajar hasta el cóncavo muro blanco de la casona de los Fabbre. Cuando Ignacio y yo salimos para visitar a Marsal, Olmos estaba tan vacía como acostumbraba los domingos. Lo único que alcancé a ver fue un gato que cruzó como si viniera huyendo. Desde días atrás los gatos iban de un lado a otro en un estado de crispación. En realidad huían, pobres animales. Muchos empezaron a aparecer muertos, rígidos como pequeñas estatuas derrumbadas.

En la esquina del cruce, más alto que los postes de luz, sobrevivía un gran eucalipto. Era la referencia para los visitantes primerizos del Belvedere. Tenía la corteza seca y retorcida. En algún poema Ignacio escribió que ese eucalipto era una enorme serpiente erguida que se había marchado dejando su antigua piel como una especie de armadura en pie. A un costado, un poco más allá, una buganvilla desbordaba los muros de granito de la casa de los Bassori. La buganvilla cambiaba radicalmente de apariencia de acuerdo con la época del año. A diferencia del eucalipto, no era

fiable dar la buganvilla como referencia. Solía secarse con frecuencia. Ese año la buganvilla estaba encendida de un rosa vibrante insoportable.

Llamativas, arborescentes —escribe Caytran—, *una nube de color que te envuelve. Cuando te acercas a tocarlas descubres que sólo son una ilusión de conjunto, apreciables a distancia, despreciables al tacto, ásperas, enmarañadas, sin perfume, flores sin consistencia.*

La sombra de los grandes olmos, de aquellos que alguna vez dieron el nombre a la avenida, había desaparecido por completo. O nunca hubo tales olmos, mal acostumbrado el imaginativo urbanista de Urdesa a atribuir nombres de árboles sacados de un manual de botánica a calles que nunca tuvieron esa flora. Yo mismo debí cumplir un largo ejercicio de distanciamiento para entender que calles llamadas Mirtos, Higueras, Cedros, Laureles, Ébanos y demás, no eran sólo calles de Urdesa sino, como las definió Caytran: «la geometría verbal de un jardín con pretensiones». En el caso de los olmos de Olmos, nadie los recordaba ni mencionaba nunca. El nombre bastaba.

Salimos de la sombra del eucalipto y entramos en la avenida. Las edificaciones y veredas estaban cubiertas de polvo, de un polvo distinto al que devoraba Guayaquil cuando la

vida era normal. Este polvo, en cambio, era más denso, una costra adherida a las superficies que nadie se tomaba la molestia de retirar. Había vencido, finalmente. Olmos había perdido su antiguo esplendor.

Llegamos al muro que forma la base del promontorio de la cancha de tenis de arriba. Jamás había entrado a jugar a estas canchas. Nunca había jugado tenis, Ignacio tampoco. Las canchas de tenis de abajo, apenas a unos cincuenta metros de distancia, estuvieron siempre abiertas a los vecinos de las lomas, pero las canchas de tenis de arriba eran privadas, pertenecían al condominio Alfil Azul y era muy raro encontrar a gente jugando. Si por casualidad había un partido parecía un simulacro: dos ancianos improvisaban un entrenamiento de apenas media hora y desaparecían, o un hombre adulto enseñaba a una muchachita de suaves cabellos castaños las reglas básicas del juego. El resto del tiempo, el portero del Alfil Azul limpiaba la cancha y terminaba cerrándola con candado. Sobre la puerta de entrada y en una esquina de las altas vallas de alambre, destacaba el símbolo del pequeño alfil blanco sobre fondo azul. El Consejo de Residentes no dudó en destinar las canchas a lugar de almacenaje. Llegaron a proponer que se derrumbaran las vallas para aprovechar mejor el espacio.

Sin embargo, no se supo cómo las canchas de arriba siguieron con sus vallas intactas, y con el mismo candado, usado ahora para tener bajo control los cargamentos que podían quedar al aire libre. Poco a poco la cancha de tenis de arriba volvió a quedarse vacía a medida que se utilizaba racionalmente lo que venía guardando. Cuando pasamos por allí, el Alfil Azul había recuperado su dominio y no servía como almacenaje. Como antes, nadie venía a jugar, pero ocasionalmente aparecían dos o tres personas sentadas en sillas, tomando el sol. La cancha no tenía la limpieza de siempre porque el portero se había marchado como tantos otros empleados del barrio. Las canchas de tenis de abajo eran otro asunto. Durante mucho tiempo fueron un descampado en el que no se preveía construir nada. Alguien debió de solicitar que se convirtiera en un pequeño parque. Quienes terminaron utilizando el área común fueron las niñeras con los cochecitos que sacaban a pasear. Se levantó una caseta, se plantaron vallas alrededor del recinto y se trazaron dos canchas de tenis y una pared para frontón. En las canchas de tenis de abajo se plantaron carpas y amplios toldos de campaña. Varias personas hacían movimientos mínimos, sin prisa, entre mesas, sillas, largas pizarras, y bultos y cajas que se amontonaban a los costados.

Junto a la caseta, estaba reunido un grupo de mujeres. Indicaban una lista a un hombre que se rascaba la cabeza, como si ya no supiera qué decir ante la insistencia. Las mujeres no parecían dispuestas a ceder. A pesar de que lo rodeaban, acosándolo con sus exigencias, nadie alzaba la voz y yo no alcanzaba a escucharlos. Solamente entendía los gestos, los movimientos de cabeza y de manos. La caseta estaba con la puerta abierta. Quizá si el hombre se deslizara por la puerta podía evitar los reclamos. Lo que hizo fue mirar hacia nosotros, como buscando a alguien que lo rescatara. A pesar de que lo seguían acosando, empezó a hacer señas para que nos aproximáramos. Las mujeres nos observaron de reojo. Una de ellas debió de reconocernos porque nos saludó y me observó de manera especial. Susurraba algo con la que estaba a su costado. Eran ellas, las Nader. El resto continuaba asediando al hombre. Ignacio quiso averiguar qué pasaba pero yo no tenía ningún propósito de detenerme.

Muy cerca de la caseta, pude distinguir las facciones del hombre. Tenía el rostro muy bronceado y sobre la frente un arco de arrugas. Las mujeres seguían dando vueltas a su alrededor. Le reprochaban algo que yo no alcanzaba a entender. Pensé que nos había llamado por casualidad, ya que

pasábamos por el sitio. Pero el hombre habló con una voz muy clara. Se dirigió a Ignacio:

—Hágales entender —dijo—. No tengo cuatro manos.

Una de las mujeres se adelantó rápidamente y lo increpó con un dedo en alto.

—Sólo tengo dos manos —dijo el hombre a Ignacio, alargando las manos como demostración de que efectivamente sólo tenía dos. Eran manos rudas, con la piel callosa en los nudillos y las venas marcadas como si estuvieran inflamadas.

—Dígaselo usted —continuó hablando el hombre—. A usted le harán caso. A usted lo conocen. Trabajo al máximo. No puedo dar más.

Las mujeres se detuvieron por un momento y esperaron, como el hombre, la respuesta de Ignacio. Había un aire que vagamente me recordaba algo, pero no sabía qué o a quiénes. En realidad, yo no tenía nada que ver con el asunto, así que negué implicarme y le indiqué a Ignacio con un gesto que nos marcháramos.

—No me haga esto —dijo el hombre—. Una palabra suya bastará.

Ignacio se detuvo, como si recordara algo y la memoria tirase de él con esa frase, *una palabra suya bastará*. Le repetí a Ignacio que Marsal nos estaba esperando. Nos alejamos

dejando al hombre rodeado por las mujeres. Continuamos por Olmos en dirección al Callejón del Panorama, en cuyo final se levantaba la entrada del Hotel Albatros. No había casas a la derecha de callejón, sólo la ladera inclinada de un lote baldío en el que crecían maleza y arbustos, de manera que el horizonte quedaba despejado. Pocos metros más abajo destacaba la mancha rojiza de las acacias que techaban un mirador al costado del Callejón Baquerizo.

—Siento como si nunca hubiera visto este paisaje —dijo Ignacio.

La verdad es que sí lo había visto y muchas veces, gracias a su hermano mayor, Guillermo. Él organizaba excursiones en bicicleta por las calles más remotas de las lomas, proponía competencias para saber quién subía primero desde la planicie de Urdesa hasta la rotonda de la entrada del hotel. Nosotros jadeábamos empujando las bicicletas por lo empinado del recorrido. Guillermo llegaba antes que los demás. Lo encontrábamos apoyado en su bicicleta, contemplando el panorama como si su propósito hubiera sido llegar antes para quedarse unos minutos solo, interesado por algo que ninguno de nosotros entendíamos. Desde ese punto, rastreaba el recorrido de los esteros en medio de Urdesa. Los canales se revelaban en el cuerpo extendido de la ciu-

dad, disimulados entre tantos edificios, árboles y avenidas. Ciertos resquicios dejaban ver la superficie plateada, y luego negruzca de los esteros, de manera que podía ubicar y señalar la ruta que después recorrería en el bote. Alguna vez dijo (y tiemblo al recordarlo) que nuestra ciudad estaba en un extremo de tierra firme, suspendida al borde de un abismo de agua. Sobre eso escribiría Caytran, plagiando:

Vivimos en una zona de transición —escribe Caytran—. Quien dice que tiene un lugar en el laberinto de los estuarios, apenas tiene un exilio demasiado largo.

A Guillermo le escuchábamos interpretaciones o datos inéditos sobre lo que nos rodeaba, nada aptos nosotros, en esa época, para encontrar epifanías locales, deslumbrados por un sol que nacía y moría en el extranjero.

—También esto ha cambiado mucho —dijo Ignacio, cuando empezó a recordar los paseos en bicicleta. Indicó la ladera que bajaba hasta las acacias—. Mira la hierba, ahora está reseca.

Siempre había estado así. No quise contradecirlo. Este lote baldío nunca le interesó a nadie por lo inclinado que estaba.

Lo que ahora me llamaba la atención era la figura de humo del otro lado de las lomas. No era humo oscuro sino

blanco, o gris, mejor dicho, y se retorció tratando de dar forma a una espiral. Cada vez más denso, el humo seguía elevándose en dirección al cielo tapiado de nubes, como si lo alimentara de su materia algodonosa. Sin comentarlo, Ignacio y yo hacíamos suposiciones sobre quiénes se reunirían esta noche junto a las fogatas. De un soplido el viento de la tarde deshizo el humo. Le comenté que más tarde iría a las fogatas. ¿Vendría él?

—Si Ahab no nos retiene demasiado —dijo.

2

*En territorios de fango —escribe Caytran— la única
autoridad es la de quien se hunde en él.*

EL HOTEL ALBATROS HABÍA PASADO por distintas crisis, pero nunca cerraba. Después de momentos de gran esplendor, en el que los turistas y las fiestas se sucedían noche tras noche, había meses de inercia en los que nadie se hospedaba. Más habría valido cerrarlo para ahorrar los gastos de mantenimiento de sus más de doscientas habitaciones. La cafetería y los restaurantes se mantenían en funcionamiento, aunque sólo fuera para atender a una pareja que se sentaba a mirar, delante de una taza de té o una cerveza, el tablero de luces de la ciudad que se plegaba en medio de la llanura que se cuarteaba entre ríos y canales hacia el delta de un golfo laberíntico. Mucho menos cerraría el bar del Albatros. Su

barra sinuosa se torcía noventa grados para marcar en L el eje del recinto, como el signo macerado, bamboleante y uterino de la libra inglesa: £. Era imposible que el hotel cerrara sus puertas; parecía indestructible y esa solidez imponía una gran calma a quienes entraban en él, contagiados de un bienestar que fluía con la certeza de que nada se interrumpiría entre sus paredes. Quizá por esto los empleados trabajan satisfechos durante años, previendo dejar en herencia sus puestos. Los hijos de los empleados se preparaban desde niños para cumplir de la mejor manera las exigencias del hotel y no era extraño encontrar a padres e hijos, uno al lado del otro, en sus respectivos trabajos. El hotel se había convertido en su casa. Aunque nadie lo dejara por sentado, representaba un prestigio trabajar o estar en relación con alguno de los empleados vitalicios del Albatros. Cuando llegamos a la entrada de hotel encontramos a Domingo, el Portero Mayor y, a su costado, a Domingo Hijo. El Portero Mayor, alto y fuerte como lo indicaba su nombre, parecía no envejecer. El único cambio se produjo pocos años antes, cuando a su costado apareció un muchacho más bien flaco y tímido, vestido con las ropas grandes de la portería, que estudiaba con escrúpulo los movimientos del que luego descubrimos que era su padre, consciente de que algún día debería susti-

tuirlo, y de que lo haría de la mejor manera posible, es decir, sin que se notara el cambio, como si no se hubiera ido el Portero Mayor sino que hubiera rejuvenecido.

El último de los Marsal, el que nos convocaba, había sido Gobernador de la ciudad. Aunque bajaba a las oficinas de la Gobernación, adquirió la costumbre de despachar con los funcionarios en un gran estudio que estaba en una esquina del hotel. Le gustaba señalar el punto de la ciudad sobre el que trataba en sus reuniones. Su gestión fue particularmente brillante, por honesta, quizá porque ninguna gestión era ni honesta ni brillante en Guayaquil. La suya, por lo menos, fue pacífica y transcurrió con una tranquilidad que permitió olvidar fácilmente su participación en el cargo. Era una discreción calculada y que le costó un esfuerzo que trató de hacer invisible: todos los funcionarios solían tener grandes escándalos y siempre terminaban siendo populares por la capacidad para volver a cargos sin ser sancionados. Lo había escrito Caytran y creo que ahora mismo vale la pena repetirlo:

En territorios de fango —escribe Caytran— la única autoridad es la de quien se hunde en él.

Terminado el período de su gobierno, brevísimo por cierto, Marsal volvió a los negocios familiares y a su vida tran-

quila en el hotel, dispuesto a no volver a cargos políticos de primer plano. Casi nunca aparecía por las instalaciones, pero saberlo tan cerca y presente imponía respeto a los empleados, que siempre estaban en una posición alerta y lúcida, no por temor sino por una convicción disciplinada y un respeto que no se podía explicar a simple vista.

Domingo conocía y memorizaba nombres y rostros de quienes ingresaban y salían. Dijo que el señor Marsal nos atendería en unos minutos pero que debíamos esperar. El Portero Mayor seguía tan erguido como siempre en su puesto y me sorprendía su temple, como si nada de lo que ocurría a su alrededor lo llegara a afectar. Esta firmeza impresionaba a los visitantes y a los recién llegados los tomaba por sorpresa su aire marcial. Éstos no sabían, no podían saber que los empleados del Albatros estaban al abrigo de una de las familias más antiguas de la ciudad. Años después de haberse inaugurado el hotel, los Marsal subieron a vivir al Albatros y se trasladaron al ala oeste de los dos últimos pisos, adaptaron una de las azoteas para convertirla en un jardín privado, y nunca más se movieron de ese lugar. Saber que permanecían allí era lo que calmaba a las familias de empleados.

Luego de hacernos esperar unos minutos, el Portero Mayor nos pidió que lo acompañáramos. Pasamos por la

recepción. Allí la anciana Dolly siempre estaba tomando notas sin parar, nunca supimos exactamente de qué. Ni siquiera levantó la mirada cuando pasamos delante de ella. No iríamos a la oficina de Marsal, como yo sospechaba, pero tampoco nos dirigíamos hacia el Salón Amarillo. Los distintos ambientes dispersos en la primera planta del Hotel estaban vacíos, así como los que alcanzábamos a ver desde la puerta del restaurante. Sólo llegaba un rumor muy apagado de teclear de máquinas en el segundo piso del hotel, donde quedaban los despachos provisionales.

Domingo nos llevó a la terraza. Encontramos el despliegue habitual de mesas redondas y blancas colocadas bajo las amplias techumbres de parasoles de color crema y de estructura de caoba. Las mesas estaban sin mantel y casi sin comensales; tan sólo dos de ellas, distantes entre sí, estaban ocupadas. Ubicada en el centro de la terraza y dando la espalda a la ciudad, la mesa de Marsal. Dos hombres de pie nos lo ocultaban mientras se despedían con inclinaciones. En la otra mesa, en el extremo de la terraza, junto a la balaustrada, un niño leía un libro a una mujer que miraba hacia la zona iluminada. El niño tenía el pelo corto, negro y enmarañado en lo alto de la cabeza. La mujer nos daba la espalda; tenía una melena rizada de tonos castaños, salpica-

da de mechas rubias, que le llegaba a los hombros. Apenas unos segundos dejaba entrever el perfil de su rostro.

No la reconocí en ese momento. Era V.

Cómo reconocerla con su nuevo color de pelo, y, sobre todo, cómo sospechar que se había quedado, ella que había rondado alrededor de los hermanos Fabbre como una peligrosa antorcha y que ahora volvía para completar los restos de un incendio que no pareció consumirlos. Yo también volveré a ella.

Los dos hombres se terminaron de despedir y pasaron a nuestro costado. Se reían frotándose las manos por lo que parecían haber logrado en su entrevista. Sólo entonces vimos a Marsal. Me reconoció e inclinó el rostro para indicar que nos acercáramos. La suya era la única mesa con mantel que estaba servida. Una taza de té, un platillo con dos rodajas de limón, una de ella exprimida, y un libro colocado bocabajo que sobresalía bajo decenas de papeles sueltos era lo que componía su mesa. Me sorprendí cuando, al leer el lomo del libro, descubrí que era uno de los poemarios de Ignacio. Creo que mi amigo no se dio cuenta, más interesado en descifrar la delicada complejión de Marsal y sostener la mirada que lo estudiaba con un brillo penetrante. Ignacio lo había apodado Ahab tras saberse que, de joven, Marsal

perdió un pie mordido por un lagarto cuando esquiaba en el estero. Debió de ocurrir hace mucho tiempo, porque ya nadie esquiaba en los esteros, los lagartos se habían extinguido décadas atrás, y se hablaba de ellos como de un mito. En mito se convirtió el rumor de que por la amputación del lagarto Marsal dio caza a los especímenes que rondaban por los canales hasta extinguirlos. Ahora, sentado delante de nosotros, no podíamos ver su prótesis, ni saberla cierta, y menos todavía el pronto de un cazador vengativo. Teníamos a un anciano canoso de frente despejada con un cuerpo consumido pero fragantemente limpio, como recién bañado. La limpieza no era precisamente algo que destacara en esos meses tan duros en que sobrevivir bastaba. Al costado de su silla se apoyaba un bastón de madera en cuyo mango estaba tallada la cabeza de un tigre con fauces abiertas.

Sin mediar palabra, Marsal volteó el libro que tenía sobre la mesa y puso un dedo encima de la portada. ¿Era él quien estaba de pie, el mismo Ignatius Fabbre el que constaba en esa portada? Mi amigo asintió, entusiasmado por la pregunta y por la modulada voz con la que Marsal había pronunciado el nombre latino que él utilizaba para sus publicaciones.

—Admirable —dijo Marsal.

Tomó el libro y pasó las páginas por la esquina superior

derecha, con un suave movimiento de los dedos. En cada página, su mano acariciaba el cuerpo de la hoja como si la suya fuera una lectura de ciego, tanteando el relieve puntuado de código Braille.

No fue necesario que yo me volviera a mirar. Ignacio debía de estar encendido, rojo. Cuando se ruborizaba así, cuando circulaban litros y litros de sangre por los conductos de alto riesgo de sus venas, era la única vez en la que se me hacía evidente su enfermedad y el peligro de que lo rozara el filo de una navaja. O algo peor, el filo de una hoja sacudida con prisa en el borde mismo del glóbulo de los ojos. Un roce de estos, de una prosaica hoja de contabilidad en la que llevaba las cuentas, hirió las córneas de mi abuelo y lo tuvo con un parche varias semanas. *Hojas asesinas*, se reía, se reía pasando el dedo por encima del ojo curado con la velocidad de un tajo, haciéndome sentir de niño el terror de un cuchillo de matadero.

—Cuando Iván me habló de usted —dijo Marsal— recordé este libro. ¿Está escribiendo algo más?

Ignacio respondió.

—Una pena —dijo Marsal—. Para nosotros, por supuesto.

Marsal agitó levemente la cabeza en dirección a un punto

impreciso de su espalda, hacia la vasta inundación que se extendía como una laguna.

—Esto no había pasado nunca —dijo—. Así como hay poemas que fundan y que constatan, hay otros que destruyen y testifican. Quizá sea el momento para los que celebran la destrucción.

Miré al niño de pelo enmarañado que, en el otro extremo de la terraza, seguía narrando la historia a la mujer que sería su madre o su tía.

—Pero es usted quien tiene la palabra, no yo —dijo Marsal—. Lo que me alegra es la coincidencia entre usted y quien firma un libro como éste. En nuestra ciudad, lamentablemente, se trata el idioma como si fuera un billete viejo del que tenemos que deshacernos rápidamente. Nadie sabe lo que quiere decir y todo lo que terminan por expresar siempre queda distorsionado, o al revés. Las mentiras y la imprecisión siempre tiemblan en alguna palabra.

Marsal se detuvo. Esperaba que Ignacio comentara algo. No dijo nada.

—Y cuando se dice una verdad —continuó—, las palabras brillan y deslumbran más de lo habitual porque todo está a oscuras.

—Es posible —dijo Ignacio.

—Muy posible —dijo Marsal, enarcando las cejas por la respuesta—. Dígame, ¿ha leído a Eliano, el escritor latino?

Más que negar, Ignacio giró levemente el rostro hacia su derecha como si quisiera escuchar mejor lo que le estaban diciendo, pero lo que hacía era mirarme, como pidiéndome cuentas por esta conversación libresca que no había venido a buscar. Su gesto, sin embargo, parecía el de alguien que escucha mal y quiere entender mejor.

—Yo tampoco lo habría leído —dijo Marsal—. En realidad, lo descubrí por mis caballos. El tratado de Eliano sobre la naturaleza de los animales es un libro curioso, divertido, claro. Siempre encontraba datos interesantes que serían para mis reuniones con los zootécnicos. Tomando en cuenta que yo jamás estaría al nivel de los especialistas, al menos podía apuntar como aficionado una observación que nunca venía mal. Pues bien, releendo a Eliano encontré un fragmento que lamenté no haber tenido presente en el momento oportuno. Era claro, demasiado claro. Tanto que no pude ver nada.

Muy tranquilo en su sillón, citó de memoria a Eliano, como si ese fragmento estuviera grabado delante de sus ojos:

«Cinco días antes de que se hundiera la ciudad de Hélice,

todas las ratas y culebras, todas las martas y ciempiés, todos los escarabajos, cucarachas, hormigas, todos los animales de esa especie rastrera que había en la ciudad se marcharon en masa por el camino que llevaba hacia Cirenea».

Hizo una pausa para marcar el fin de la cita.

—Aunque no fue tan exacto —dijo—, Eliano tenía razón. No mediaron cinco días sino años. Si recuerdan, poco antes de la inundación aparecieron noticias de plagas de ratas y culebras que poblaban las lomas de Urdesa. No el resto de Guayaquil, sino específicamente las lomas. Nadie le dio importancia, porque de ese tipo de problemas se encargan los exterminadores. Pero las plagas no eran tales, o al menos no se evidenciaban por una proliferación pestífera. Eran desplazamientos, huían. No percibimos la diferencia. De inmediato se llamó a exterminadores, estuvimos con batallones de ellos, y en los otros cerros quienes no recurrieron a sus servicios buscaron la solución más simple, los gatos. Como no quedó ni uno solo de esos animales, confundieron la huida con un exterminio efectivo. Nadie entendió nada.

Marsal estaba visiblemente inquieto. No apretaba sus puños, pero contraía los dedos de su mano como si presionara una pelota invisible y resistente que no podía aplastar del todo. Ignacio le dijo que no debía sentirse culpable de

nada.

—¿Cómo dejar de sentirme así? —dijo Marsal—. Interpretamos mal lo que ocurría y pagamos las consecuencias. Tomamos un camino que no era el adecuado. Y todo porque no supimos leer los acontecimientos con la debida corrección. Se lo dije, la falta de concisión termina con una falta de rumbo. Ahora no podemos volver a cometer errores de ese tipo. Todo debemos entenderlo en el sentido correcto, aunque no sea evidente. Por eso me alegra la coincidencia de que usted escriba. Porque eso es lo que necesitamos ahora: una correcta, lúcida y precisa interpretación de los acontecimientos. No siempre es posible contar con alguien así en esta ciudad, todos acostumbrados a la impresión más simple o a delegar en otros la responsabilidad última. Lo cual no debería sorprendernos, ni mucho menos. Es la falta de lógica de las ciudades que no son la capital, que por un error histórico insuperable ya no lo será nunca, aunque se lo merezca más que ninguna otra. Guayaquil no es la excepción. Admitir que otros tienen la responsabilidad última es delegar también la autoridad final.

Nos empezábamos a perder en su razonamiento. Era como si le costara decir la causa por la que nos había llamado. Ignacio no dudó en agitarse en su silla. Marsal sonrió.

Tomó la otra rodaja de limón, la exprimió en la taza de té y agitó la bebida con la cucharita. Dio un breve sorbo, apenas para mojar los labios.

—No entiendo qué lo hace apresurarse —dijo—. Ahora precisamente debemos estar a la espera. Pero si lo prefiere, abreviaré. Se está organizando un equipo de submarinistas, un equipo especial de submarinistas. En estos momentos es difícil llevar a cabo la inmersión y no sabemos con exactitud cuándo será posible. El problema es que han reportado que pequeñas embarcaciones sin identificar rondan el centro inundado de Guayaquil. A veces, se las puede observar desde aquí. Navegan entre los pocos edificios que todavía se mantienen en pie, como si se confundieran con restos flotantes que están de paso. O incluso van de noche, iluminadas con pequeñas linternas. Por lo que sabemos, siempre o casi siempre fracasan. Incluso cuando pierden a uno de sus improvisados buzos, no van por los cuerpos. Después de tres o cuatro días la corriente los arrastra a las orillas, o quedan hinchados en medio del atolladero de ruinas, para agobio de los buitres que han de bajar a hacer equilibrios en el agua. Aun así no desisten. No desisten ni los buitres ni los humanos. Lo que queremos es tomar medidas en el asunto y llevar nosotros el control de las inmersiones, con mayor

efectividad y sin las consecuencias de improvisar un trabajo tan delicado.

—No soy un experto —dijo Ignacio.

—Los expertos vendrán dentro de poco —dijo Marsal—. Lo que necesitamos es que alguien como usted los acompañe. No se sabe qué se puede encontrar cuando se sumerge en determinados lugares. Sé que mi petición no es fácil. Lo menos que le pido es dar la impresión convincente de que lo lleva a cabo.

V. seguía dándonos la espalda y yo sin reconocerla. Pero al callarnos, como atraída por nuestro silencio, o por entender la razón del mismo, ladeó su rostro y su atención ya no parecía tan dirigida hacia el niño que le leía en voz alta. Nunca nos llegó a mirar pero seguro que nos escuchaba. No noté nada particular en ella. Debía tener unos treinta y cinco años. Sería la hija de Marsal, o en cualquier caso su acompañante, o simplemente una visita que estaba esperando a que se desocupara de sus gestiones, o uno más de los pocos huéspedes que se había quedado en el Albatros.

—¿Y a quién se debía dar esa impresión? —preguntó Ignacio.

—Quizá a nosotros mismos —continuó Marsal— o a los funcionarios de la capital. O a alguien que no cono-

ce mos todavía. Se ha reducido el espectro de a quienes miramos, y por eso la mirada es más intensa. En estas circunstancias hay que transmitir confianza, seguridad, convicción. Y su presencia y unas fotos que deberá tomar, serán suficientes. La cámara fotográfica, por supuesto, se la daremos nosotros.

Marsal midió la reacción frente a sus palabras, chasqueó disimuladamente la lengua, como saboreando la sorpresa de Ignacio, y siguió hablando:

—Como ve, no es nada complicado. Aunque no se logre el resultado final, hay que sostener su búsqueda. Y para esto usted puede ayudar. Finalmente, los que hemos decidido quedarnos tenemos responsabilidades que cumplir. No es necesario que me responda ahora. Mañana o pasado. No hay prisa. Venga cuando quiera y le daré más detalles, además de la cámara. ¿Ha tomado fotos bajo el agua?

—Sí —dijo Ignacio.

—Magnífico.

Cuando salimos del hotel, pensé que Ignacio hablaría un poco irritado de la parsimonia de Marsal y su encargo.

—Por momentos —dijo—, me pareció que era una espe-

cie de Kurtz repatriado, más viejo y resignado. Pero no. Es Ahab. Se las juega todas hasta el final.

No quise preguntarle a qué se refería para no quedar como un ignorante. Tarde o temprano me lo explicaría sin que yo se lo pidiera. Le pregunté si había visto a la mujer.

—Sí —dijo, pero no me explicó que era V.

Miró en dirección a las fogatas, cambiando de tema como lo había hecho yo.

—Ya han empezado —dijo.

Anocheceía. Ahora se veía algo más que el humo. Un resplandor cálido contorneaba el borde de las casas tras las cuales ondeaba un fuego oculto.